

Benigno Acebal, carnicero de referencia en el centro de Gijón, fallece a los 83 años

Puso en marcha el negocio en 1984 junto a su mujer Maruja, que fue quien le introdujo en el sector, y llevaba casi una década y media jubilado

I. V.

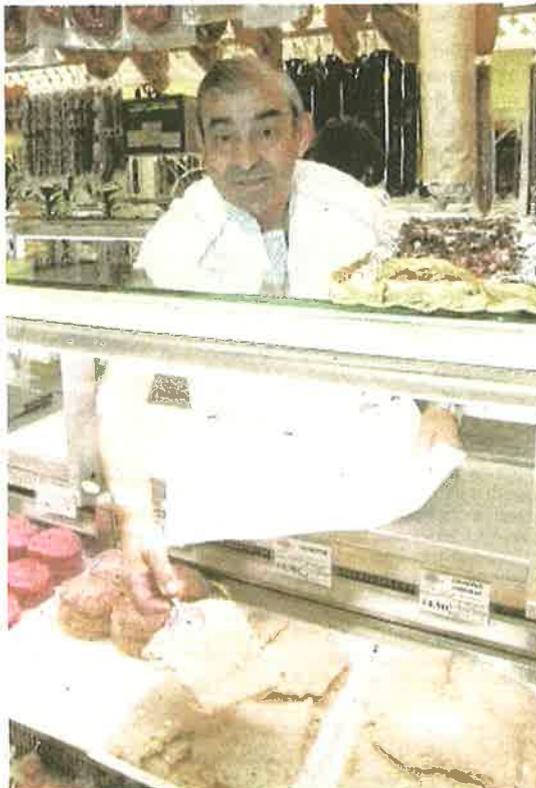
GIJÓN. Aunque llevaba casi una década y media jubilado, desde que cumplió los 70, Benigno Acebal, Nino, nunca llegó a despegarse del todo de la carnicería que hace ya más de 40 años puso en marcha junto a su mujer María Argentina, Maruja, en el centro de Gijón. No obstante, seguía viviendo junto al emblemático establecimiento que lleva su nombre en la calle Casimiro Velasco y que ahora regentan sus hijos. Por eso nunca perdió el contacto con los clientes de toda la vida, los que no faltaban cada día en el local en busca de las que, para muchos, eran (y son) las mejores carnes de la ciudad, siempre con la calidad por bandera y con un exquisito trato en la atención personal. Y hoy muchos de los que le trataron durante esta larga etapa al otro lado del mostrador, y también fuera de él, lloran su pérdida, a los 83 años.

Nacido en Baldornón, Benigno empezó muy joven a trabajar. Tan joven como 12 años, y en un sector muy distinto al que acabaría

siendo el centro de su vida. Antes del sector cárnico, se dedicó al mundo textil, donde con 15 años ya era dependiente en la histórica tienda de confección Glencor de la calle Corrida. Con 24 años se casó con Maruja, que por aquel entonces, tras haber aprendido el oficio de su padre, regentaba una carnicería de su propiedad en Ceares. El nacimiento de su hijo mayor, Óscar, dio un giro completo a la vida del matrimonio. Para poder mantener abierto el negocio de su mujer, Benigno renunció a su trabajo y se introdujo en el sector cárnico.

El negocio fue bien. Tanto, que en 1984 el matrimonio decidió dar el salto al centro y abrió la Carnicería Benigno, un establecimiento que pretendía ir más allá del concepto tradicional, con una estética moderna y diferente a lo visto hasta entonces en el sector. Pese al nombre del negocio, era una tarea de dos. Y, de hecho, Nino siempre remarcaba que fue su mujer quien buscó el local, los proveedores... Tras el mostrador

Afamado por sus cachopos, el establecimiento, ahora en manos de sus hijos, sirvió durante décadas a gran parte de la hostelería



Benigno Acebal, cuando aún seguía a pie del mostrador. J. P.

de Casimiro Velasco pasaron más de 30 años sirviendo a clientes particulares y a gran parte de la hostelería de Gijón piezas de ganado vacuno asturiano de crianza propia y unos cachopos de auténtico renombre en la ciudad. Pero también una amplia variedad de quesos y embutidos y productos elaborados en su obrador, desde albóndigas y hamburguesas hasta salchichas.

Amante del esquí

De su etapa de juventud quienes le trataron de cerca recuerdan su gran afición por la nieve y el esquí. Y era habitual verle en San Isidro con un nutrido grupo de gijoneses en el cual, además de otros comerciantes, se encontraba Agustín Antuña, quien acabaría convirtiéndose en su consuegro. «A todo el mundo en las estaciones le llamaba la atención el grupo cuando llegaba, porque incluso iban siempre con una gaita», relatan desde el entorno de amistades de Benigno Acebal.

Aficionado al Sporting, aunque no muy asiduo a El Molinón, tras su jubilación volcó gran parte de su tiempo en el cuidado de las nieves, muestras del valor que siempre le dio a la familia —uno de sus momentos más duros fue la prematura pérdida de su hija Mónica—. Sus hijos Óscar y Pablo, al frente ya desde hace años, seguirán adelante con el negocio teniendo en el recuerdo.

La capilla ardiente quedó instalada ayer en la sala número 8 del tanatorio de Cabueñes. El último adiós a este emblemático carnicero tendrá lugar hoy, a las cinco de la tarde, durante un funeral que se celebrará en la iglesia de San Lorenzo.

Pedro Montes Ovín, histórico gerente del Grupo, fallece a los 79 años

Fue el primer empleado administrativo en la sede de Emilio Tuya y veló por la entidad con ocho presidentes. «Era un profesional intachable»

A. AUSÍN

GIJÓN. «Trabajador en grado sumo, serio, riguroso, siempre en defensa de los intereses del Grupo Covadonga, pesara a quien le pesara, un profesional intachable». Así recordaba ayer Janel Cuesta a Pedro Montes Ovín, naveto de nacimiento y gijonés de adopción, quien falleció el sábado en el HUCA a los 79 años con una impoluta hoja de servicios, en lo que a su actividad profesional se refiere, primero como empleado administrativo del Grupo Covadonga y después como gerente de la entidad, en una trayectoria en la cual llegó a trabajar

con ocho presidentes: Celso Menéndez, Jesús Revuelta, Carlos Prieto, Rogelio Llana, Manuel Piniña, Ángel Luis Varela, el propio Janel Cuesta (1994-2000) y Ángel Cuesta.

Pedro Montes Ovín nació en Sierra, El Remedio (Nava), en 1946 y, tras estudiar Perito Mercantil en Gijón, se convirtió en el primer trabajador contratado por el Grupo en un tiempo en que la entidad deportiva tenía solo un conserje que vivía en su sede y hacía todas las tareas de control. Entró como empleado administrativo en 1966 y durante casi cuarenta años, hasta su prejubilación, veló por los intereses del Grupo con mano firme. Esta trayectoria le convirtió en Empleado Ejemplar del Grupo Covadonga en 1995, distinción creada en la etapa de Janel Cuesta tan solo un año antes, lo cual le convirtió en el segundo en recibirla. «Si se quería hacer algo que era inco-

recto o que contravenía las normas era implacable, durante su larga etapa se convirtió en un garante del buen hacer», subrayó ayer Cuesta a EL COMERCIO.

En la misma línea se manifestaba su hijo Pedro José Montes mientras le velaba en la sala 2 del tanatorio de Cabueñes. «Mi padre, ciertamente, era un hombre metódico, muy serio en el trabajo. Si tocaba trabajar, tocaba trabajar. Luego en casa ya era otra cosa. Era una persona diferente, más amable, más relajada», evocaba.

Poesía y pintura

Así fue hasta su jubilación, una vez rebasado el cambio de siglo, en la etapa de Ángel Cuesta, habiendo conocido en sus casi cuatro décadas la extraordinaria transformación del Grupo Covadonga con el tránsito de Emilio Tuya a Las Mestas mediante. Cultivó más a partir de entonces sus



Pedro Montes Ovín, en 1995.

Fue distinguido como Empleado Ejemplar del Grupo Covadonga en 1995 con Janel Cuesta de presidente

aficiones. A Pedro Montes Ovín le gustaba sobremedida la poesía y la pintura y era, de hecho,

un gran asiduo a los museos de la ciudad, que frecuentaba con devoción. Pese a haber pasado toda su vida profesional en el Grupo Covadonga, su hijo no le define como un gran deportista. Su labor era, no en vano, administrativa; prefería hacer un poco de deporte y caminar. En los últimos años, a Montes Ovín se le empezaron a manifestar problemas cardíacos. Esto derivó el pasado mes de diciembre en una operación para instalarle tres baipás en su corazón, de la que iría arrastrando problemas que no pudo superar hasta su fallecimiento el pasado sábado en el Hospital Central, en Oviedo, adonde había sido derivado desde el de Cabueñes por sucesivas complicaciones médicas.

Funeral, hoy en Nava

Pedro Montes Ovín estaba casado con Ana María Llamedo y tenían un único hijo, Pedro José. El funeral en su memoria tendrá lugar esta tarde, a la una, en la iglesia de Santa María del Remedio, en Nava, de donde era natural, para a continuación darle sepultura en el cementerio de esta localidad.